

JOSÉ MANUEL
CABALLERO BONALD

*Tiempo de
guerras perdidas*




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Estamos ante un extraordinario acontecimiento literario: las esperadísimas memorias de uno de los mayores escritores españoles contemporáneos, José Manuel Caballero Bonald. Más que un relato autobiográfico en sentido estricto, *Tiempo de guerras perdidas* supone una muy peculiar remodelación de la experiencia personal, un regreso a las fuentes de la memoria para repensar, recrear la vida. No se trata, por consiguiente, de un registro sistemático de hechos vividos, sino de una introspección selectiva, articulada al mismo ritmo fluctuante que la evocación, en torno a personas, paisajes y situaciones de un período crucial de la historia española. Desde la intimidad familiar al descalabro de la guerra civil, desde las peripecias estudiantiles a la iniciación literaria, este libro es también un sesgado espejo en el que muchos podrán mirarse, un correlato identificativo de esa difícil experiencia en común vivida por quienes fueron los primeros adolescentes de la posguerra y padecieron las mismas conmociones morales y educativas.

La pericia narrativa de Caballero Bonald, la elegante singularidad de su estilo, hacen aún más apasionante la exploración de ese territorio histórico y literario donde la realidad se fusiona por momentos con la ficción, y donde el autor se convierte en el protagonista de esta magistral «novela de la memoria».



9 788433 909909

ÍNDICE

En esas andaba, cuando cierto día, desoyendo mis últimos recelos y vacilaciones, calculé que con los dineros disponibles podía sobrevivir en Madrid hasta fin de curso, algo más si todo iba bien. De modo que me dispuse a dar el salto, más ufano sin duda por no haber tenido que recurrir a ninguna ayuda de mi padre, incluso soslayando ciertas tentadoras ofertas tuyas. No se trataba de ninguna inmolación ritual, aunque a mí me agradara esa idea, sino de la convicción de que no tenía mejor cosa que hacer que escapar de allí, aun alardeando en buena ley libertaria de la intranquilidad del deber cumplido. Repasé antes todos los prontuarios fetichistas que encontré más a mano, traspuse las últimas zonas pantanosas de mi incertidumbre y preparé en casa las nuevas ceremonias epilogales de rigor. Ya sólo me quedaba sacar el billete de tercera para el que habría de ser mi definitivo viaje a Madrid. Seguro que viví entonces ese instante de atávica lucidez que atraviesa las edades pasadas y se instala sucesivamente en el presente. Sabía que iba a acordarme muy bien de todo eso cuarenta años después.

*Sanlúcar de Barrameda - Madrid,
octubre de 1992 - diciembre de 1994*

1. Serias dificultades para mirar de lejos	7
2. Regiones devastadas	30
3. Nada es ya subalterno	45
4. Fundido en negro	64
5. Composición de lugar	76
6. Los acostados y otras controversias	92
7. Dueño a primera sangre	123
8. Esos desconocidos con los que convives	149
9. Muge la noche por la habitación	172
10. El sonido de la máquina de escribir	205
11. De las fronteras indecisas	236
12. Sólo es verdad lo que aún no conozco	264
13. Contribución a la perplejidad	298
14. Somos el tiempo que nos queda	331

enas se solía hablar, a no ser a intervalos muy
 acostados. No es que fuera un asunto más o
 por inconfesable, es que no parecía merecer
 ón especial. No, al menos, como tema de
 n aquellas larguísimas sobremesas nocturnas,
 salían a relucir las cuestiones acalladas duran-
 el no recuerdo, y por lo que yo he podido ir
 a habido hasta cinco acostados en la familia,
 mal de primer apellido: abuelo y tía Isabela,
 asa, y luego, cada uno por su lado, tía Carola,
 primo Rafael. Por supuesto que no todos ellos
 a la cama ininterrumpidamente, pero tam-
 na manifiesta preferencia por esa posibilidad.
 endían sin mayores reservas era a pasarse
 ayor parte del tiempo que, en algunos casos,
 coincidir con todo el tiempo que les quedaba.
 vez llegué a sospechar que esa reclusión tan
 obedecía a alguna dolencia secreta, y hubieron
 años antes de que llegase a descubrir que no
 que de un imperativo hereditario, sin que
 enfermedad que la de una especie de atracción
 a cama. Hasta donde yo alcanzo a acordarme,
 e produjo algún tipo de discordia o de repro-

bación ante semejante anomalía doméstica. A mi padre, cuyo
 laconismo sólo se doblegaba en reuniones caseras muy con-
 curridas, nunca le oí aportar la menor objeción sobre los
 acostados. Y mucho menos a mi madre, que si bien era muy
 locuaz y muy adicta a las tertulias de salón, era también tan
 de veras tolerante que siempre respondía con una sonrisa
 no ya a esa concreta cuestión, sino a los más encrespados
 asuntos que pudieran plantearse.

Decía que no todos los acostados gozaban del privilegio
 de residir permanentemente en la cama. De pronto, cuando
 menos oportuno o previsible podía resultar, alguno de ellos
 decidía vestirse con esmero minucioso, no importaba que a
 altas horas de la noche, y movilizaba a media casa con la
 pretensión de charlar con los demás, comer algo o incluso
 salir a la calle. Eso sí ocasionaba algún trastorno adicional,
 pues la propuesta en modo alguno era secundada por ningún
 otro miembro de la familia, incluida tía Victoria, que tenía
 fama de muy ventanera. Pero lo más frecuente era que ese
 abandono periódico de la cama obedeciera a razones bastante
 plausibles. Abuelo, por ejemplo, se levantaba casi todos los
 jueves, hacía las cinco, para llevarnos a mi hermano y a mí a
 dar un paseo de lo más llamativo. Era como una regocijante
 interrupción de la rutina, y en ese regocijo también cabía la
 sublevación espontánea del domesticado. Es uno de los
 episodios callejeros de mi infancia que recuerdo con mayor
 nitidez. Abuelo era un personaje sumamente curioso y, aun-
 que sólo fuera por la pinta, parecía bastante apegado a la
 rama francesa de los Bonald. Aún lo veo como un anciano
 muy pulcro y arrogante, vestido siempre con el mismo terno
 negro y tocado de un jipijapa al que no renunciaba ni
 siquiera en días de lluvia. Exhibía una barba muy blanca,
 algo teñida de tabaco por las periferias de la boca, y unos
 ojos medio azules y como de recién despertado. Creo que
 nunca nos manifestó abiertamente su afecto, que debía de ser
 considerable, sino a través de indicios muy someros que él

na apenas se solía hablar, a no ser a intervalos muy , de los acostados. No es que fuera un asunto más o nido por inconfesable, es que no parecía merecer atención especial. No, al menos, como tema de ión en aquellas larguísimas sobremesas nocturnas, ando salían a relucir las cuestiones acalladas duran- Sí mal no recuerdo, y por lo que yo he podido ir do, ha habido hasta cinco acostados en la familia, s Bonald de primer apellido: abuelo y tía Isabela, n en casa, y luego, cada uno por su lado, tía Carola, y el primo Rafael. Por supuesto que no todos ellos on en la cama ininterrumpidamente, pero tampon en una manifiesta preferencia por esa posibilidad. e sí tendían sin mayores reservas era a pasarse la mayor parte del tiempo que, en algunos casos, odía coincidir con todo el tiempo que les quedaba. e una vez llegué a sospechar que esa reclusión tan ente obedecía a alguna dolencia secreta, y hubieron arios años antes de que llegase a descubrir que no más que de un imperativo hereditario, sin que más enfermedad que la de una especie de atracción por la cama. Hasta donde yo alcanzo a acordarme, vez se produjo algún tipo de discordia o de repro-

bación ante semejante anomalía doméstica. A mi padre, cuyo laconismo sólo se doblegaba en reuniones caseras muy concurridas, nunca le oí aportar la menor objeción sobre los acostados. Y mucho menos a mi madre, que si bien era muy locuaz y muy adicta a las tertulias de salón, era también tan de veras tolerante que siempre respondía con una sonrisa no ya a esa concreta cuestión, sino a los más encrespados asuntos que pudieran plantearse.

Decía que no todos los acostados gozaban del privilegio de residir permanentemente en la cama. De pronto, cuando menos oportuno o previsible podía resultar, alguno de ellos decidía vestirse con esmero minucioso, no importaba que a altas horas de la noche, y movilizaba a media casa con la pretensión de charlar con los demás, comer algo o incluso salir a la calle. Eso sí ocasionaba algún trastorno adicional, pues la propuesta en modo alguno era secundada por ningún otro miembro de la familia, incluida tía Victoria, que tenía fama de muy ventanera. Pero lo más frecuente era que ese abandono periódico de la cama obedeciera a razones bastante plausibles. Abuelo, por ejemplo, se levantaba casi todos los jueves, hacia las cinco, para llevarnos a mi hermano y a mí a dar un paseo de lo más llamativo. Era como una regocijante interrupción de la rutina, y en ese regocijo también cabía la sublevación espontánea del domesticado. Es uno de los episodios callejeros de mi infancia que recuerdo con mayor nitidez. Abuelo era un personaje sumamente curioso y, aun- que sólo fuera por la pinta, parecía bastante apegado a la rama francesa de los Bonald. Aún lo veo como un anciano muy pulcro y arrogante, vestido siempre con el mismo terno negro y tocado de un jipijapa al que no renunciaba ni siquiera en días de lluvia. Exhibía una barba muy blanca, algo teñida de tabaco por las periferias de la boca, y unos ojos medio azules y como de recién despertado. Creo que nunca nos manifestó abiertamente su afecto, que debía de ser considerable, sino a través de indicios muy someros que él

no parecía dispuesto a que se contradijeran con su severidad.

Así que abuelo nos tenía asignado cada jueves por la tarde —coincidiendo con el asueto en el colegio— un idéntico programa recreativo. Nos inculcaba, en primer lugar, una suerte de negligencia a propósito de las prohibiciones habituales, o sea, que nos autorizaba sin más a hacer todo aquello que mi madre, aun dentro de su manifiesta permisividad, nos habría razonablemente vetado. No sólo hacía la vista gorda, sino que incluso solía incitarnos por omisión a encaramarnos a los árboles, beber en las bocas de riego, caminar por alguna baranda de suficiente peligrosidad, usar los charcos como más idóneo sistema de emporcamiento. Luego, una vez cumplido ese ritual gozoso, nos llevaba a una confitería —bautizada adecuadamente con el nombre de «El Buen Gusto»— cuyo dueño era un viejecito menudo y malhumorado que salía a recibirlo con toda clase de aduladores aspavientos. Y allí era el festín semanal. Había unos dulces de tamaño más que imprudente —«reverendos» y «pocitos»—, a los que mi hermano y yo éramos muy aficionados. De esos primores de confitería podíamos consumir cuanto quisiéramos, o sea, una cantidad que rebasaba con mucho la exigua capacidad digestiva de nuestra condición de flacos.

Ricaramente instalados en una mesa que el pastelero nos preparaba al fondo del local, la vida disponía ya de los mismos aromáticos vicios que el banquete de Pantagruel. El arrobo ante semejante desenfreno no me impedía, sin embargo, perderme por las perturbadoras interioridades de un anuncio que había colgado por allí y que luego se convirtió en una especie de alegoría recurrente de mi imaginación. En ese anuncio había un niño que mostraba una lata de leche condensada en cuya etiqueta había un niño que mostraba una lata de leche condensada en cuya etiqueta había un niño que mostraba una lata de leche condensada, y así hasta el más allá. Yo hacía cálculos escalofriantes mientras devoraba los pasteles, unos cálculos más bien abstrusos y con ciertas

derivaciones infinitesimales que quedaban generalmente interrumpidos cuando abuelo, después de beberse su última copa de oloroso y de advertir nuestro marcado aspecto de ahitos, nos preguntaba si no queríamos más dulces. Mi hermano y yo nos mirábamos con el abatimiento del glotón desganado: no queríamos más. A abuelo incluso debía de parecerle bastante desconsiderada esa abdicación, porque se levantaba con gesto adusto, el bastón a manera de puntero, y se dirigía sin más hacia la puerta, seguido del confitero. Siempre dejaba un puro a medio consumir dentro de un vaso y nunca lo vi pagar, supongo que deberían de irle anotando los gastos de los jueves en alguna cuenta.

No sé durante cuánto tiempo se prolongaron esas salidas. Pero creo recordar que llegó un momento en que mi madre le sugirió tímidamente a abuelo la conveniencia de suprimirlas. El motivo era inobjetable: mi hermano y yo volvíamos a casa en un estado más bien lastimoso. Aparte de la suciedad acumulada en las trapisondas callejeras, los síntomas del hartazgo hacían prever que al día siguiente íbamos a tener que guardar cama por indigestión. Y así solía ocurrir, en efecto, hasta tal punto que ya se daba por seguro que los viernes tendrían que suministrarlos alguno de esos purgantes asesinos al uso y no podríamos ir al colegio. A mí me produjo un grave desconuelo la brusca supresión de aquellas cuchipandas semanales, decretada a mi entender con palmaria injusticia.

El primer jueves en que nos quedamos sin salir con abuelo, me acerqué hasta su cuarto con una sigilosa extrañeza y lo vi recostado en la cama, revisando como solía uno de esos libracos cosidos a pasaperro donde había ido coleccionando no sé qué anotaciones manuscritas de química. En contra de su costumbre, me dijo que me acercara y, sin dejar de observar el libro, optó por explicarme que estaba muy cansado y que mejor nos íbamos solos mi hermano y yo a la pastelería, aprovechando alguna salida del colegio. Abrió

de la mesita de noche y me hizo solemnes. Dos duros, asociados a aquellas monedas generoso diámetro, daban entonces para no acabar de gustarme esa solución, más me parecía que en aquel momento había el único pacto que no por frágil había unos semanalmente juntos. No se trataba, ningún atisbo premonitorio, pero fue entonces primera vez esa mezcla de mentol, tabaco ha tenido para mí desde entonces un ante funeral. Aquel mismo verano, cuando campo de vacaciones, murió abuelo y lo de ese trance es la persistencia conmovedora de un cuarto.

Conocer a lo lejos otras ramificaciones sensibles a ese olor. Un hermano de abuelo —el otro sí se le nombraba— vivía por entonces en una casa química farmacéutica. Había montado un laboratorio, entre otros específicos, fabricaban pastillas, de muy recomendable uso para los niños, se denominaban expresamente «Bolsitas» provocado alguna que otra desavenencia con los miembros de la familia más peripuestos. El nombre decoroso que la noble madre al que ya me referí, integró a más señas, anduviera enredado en esos negocios que ninguno de sus descendientes, sin embargo, en qué quedó aquella tradición familiarista. El caso es que el olor de las pastillas, debido con toda probabilidad a la presencia de mentolado, remitía indefectiblemente al abuelo y, sobre todo, al que yo asociaba a

su muerte, lo cual me producía una extraña sensación de orfandad. Luego oír decir que existían fundadas sospechas de que la eficacia de esos comprimidos se debía a que en su composición entraba una cierta dosis de cocaína. Nunca llegué a aclararlo, tampoco sé si se dejaron de fabricar por eso. Abuelo también se había inventado por aquel entonces una variante de hipofosfito que era más bien un vino quíndico de regular graduación alcohólica, al que tía Victoria se había hecho muy adicta, bebiéndolo con fruición en unas copas de tamaño más que mediano, no sin añadirle antes un chorrito de agua de azahar.

Otro de los Bomald que estuvo acostado con más meritoria persistencia fue tío Rafael. Tío Rafael, el hermano mayor de mi madre, había heredado de abuelo, junto con la farmacia y el laboratorio, una desmedida afición por la cama. Del negocio farmacéutico se fue desentendiendo hasta que prácticamente lo abandonó, como había hecho su padre, en manos de unos mancebos desaprensivos. Antes de elegir la ocupación de acostado estable, solía dedicarse a gestiones de muy diversa inutilidad. La farmacia estaba situada justo enfrente de la casa de la calle Caballeros donde yo nací y en la que aún vivíamos. Desde uno de los balcones veía a veces a tío Rafael practicando las tareas más estrafalarias. Fui testigo de algunas que no constituían por lo visto excepción. Un día sacó a la calle una caja llena de clavos retorcidos para irlos enderizando con una mano de almirante sobre el bordillo de la acera; otros días cargaba con una palangana repleta de bazofia para darles de comer a los numerosos gatos que deambulaban por aquellos alrededores y que acudían diligentemente al reclamo de una campanilla. También solía pasear con enigmática frecuencia por delante de la farmacia, como si esperase a alguien que no llegaba nunca. Solía ir vestido a la usanza de un caballero de la Citty, con cuello de celuloide, botines de charol y paraguas plegado, o bien provisto de chaquetilla de meneral y zapatones de labriego, no se sabía

en función de qué desajustadas interposiciones de la personalidad. Cuando llegaban a oídos de mi madre esas conductas tan indebidas, su sonrisa habitual cobraba una virtuosa propensión a la benevolencia.

Poco antes de la guerra civil, tío Rafael había adquirido un automóvil —creo que era un *Austin*— que, en cierta accesoria medida, estuvo relacionado con mis registros iniciáticos en la sexualidad. Tío Rafael, incapaz de conducir no ya un vehículo sino su propia vida, había contratado a un chófer llamado Federico, un tipo ya no tan joven, algo insolente y palabrero, cuya más llamativa peculiaridad consistía en ir mucho mejor trajeado y disponer de más ostensibles derechos de propiedad sobre el automóvil que su dueño. Tal vez por eso lo llamábamos Federico el Grande. Durante la guerra, cuando se cortó el suministro regular de gasolina, tío Rafael no quiso en modo alguno equipar al automóvil con un gasógeno. Por supuesto que no se trataba de ningún rechazo estético, sino de una decisión precautoria, ya que había logrado descubrir —o eso aseguraba— que el seguro peligro de envenenamiento implícito en la emisión de gases del artefacto, era un error de carburación criminalmente silenciado por los fabricantes. Así que el automóvil se quedó arrumbado en la bodega que tenía tío Rafael no lejos de la calle Caballeros, en la llamada plaza de los Silos, con lo que también evitó probablemente que se lo requisaran.

Esta bodega fue, como digo, el escenario ritual de algunas de mis más remotas y malévolas andanzas de adolescente. Ahora explicaré por qué. La bodega era un noble edificio de planta rectangular, con una techumbre a cuatro aguas sostenida por otros tantos órdenes de pilares. Entre el portón de entrada y la puerta de la bodega propiamente dicha se extendía un amplio rellano, uno de los muros laterales tapizado de pasionarias y el otro recorrido por una a manera de galería porticada de piedra ostionera, donde quedó alojado el automóvil con juiciosas sospechas de que sería a

perpetuidad. En la bodega se conservaban, junto a otros vinos más jóvenes, un centenar de botas de solera que gozaban fama de excelentes. Lo que no he conseguido averiguar por más que lo he intentado es si esa bodega de tío Rafael, dedicada mayormente al almacenaje y crianza, tuvo alguna vinculación con la empresa vinícola —Plácido Caballero & Cía.— que fundó mi padre durante la República y que se fue definitivamente al garete en los primeros años del franquismo.

Justo entonces, en ese primer tramo de la posguerra, la bodega de tío Rafael supuso, no sólo para el primo y para mí sino para algunos de nuestros más cercanos amigos, un núcleo de atracciones poderosamente asociado a las primeras fábulas de la adolescencia. Aunque en ningún caso nos permitían ir por allí cuando no había nadie, Rafael se las agenció para burlar ese veto por el alevoso sistema de hurtar la llave, que era enorme y que, a saber por qué cautelosos designios, escondía el padre en una especie de funda que colgaba de la cabecera de su cama. Así que la prohibición del disfrute en solitario de la bodega sólo se mantuvo en apariencia. Comoquiera que tío Rafael permanecía ya todo el día acostado y sólo se levantaba muy de vez en cuando por la noche, la obtención punitiva de la llave y el retorno a su lugar de procedencia, eran operaciones ciertamente arduas. Pero una tarde de domingo, con un arrojito a todas luces temerario, consiguió Rafael por primera vez la sustracción de esa llave que, a juzgar por lo que abría, tenía que ser la de la felicidad. Pero ocurrió —según me contaría después— que el padre, aparentemente dormido, pareció despabilarse un punto para dedicarle una mirada perpleja y volver a ingresar de inmediato en un sopor que no se parecía al de ningún sueño. A lo mejor es que le había sobrevenido uno de esos estados con apariencias de catatónico que a veces padecía. Pero Rafael tuvo la suficiente entereza como para no renunciar al escamoteo de la llave.

Ya habíamos preparado para aquella ocasión el festejo que habría de reportarme la prematura celebración de una pubertad que, aun sin salir de la incertidumbre o del apocamiento, compulsaba entonces sus primeras osadías. Había en casa una criada, Milagros de nombre, que siempre estaba en vísperas de casarse con el clarinetista de la banda municipal, y cuyos insinuantes síntomas de disponible parecían retendidos por una natural prevención contra los riesgos que podrían interceptar los buenos augurios de su boda. Ya la había yo acosado alguna vez de manera desmañada y ya ella se había resistido a medias, apelando al honor del clarinetista, aunque mis pretensiones nunca pasaran de esos toqueteos incluidos en la lista de impurezas confesables. Pero no sé cómo logré convencerla —quizá ya estaba convencida de antemano— para que aquel domingo se fuera con una amiga a la bodega, donde serían convenientemente agasajadas con licores, músicas bailables y viandas finas. Las citamos en algún lugar de por allí cerca, un poco al resguardo de encuentros comprometedores, y ya estaban allí las dos cuando llegamos algo más tarde de lo convenido.

La culpa del retraso la tuvo una última contingencia organizativa. Pues se dio el caso que no habíamos previsto sino tarde que el suministro eléctrico sólo estaba conectado en el patio de entrada de la bodega, pero no en la nave, lo cual suponía una notoria contrariedad si se pensaba en lo pronto que oscurecía por aquellas fechas y en nuestros cálculos para prolongar la velada bajo techo el mayor tiempo posible. No disponíamos de ninguna linterna o cosa parecida y, para colmo de males, debido al cierre dominical de los comercios, tampoco podíamos comprar unas velas. Sin luz no acertaríamos a sacar vino de una bota ni a transitar por las andanas en funciones de amantes furtivos. Como tampoco resultaba ya aconsejable volver a casa, se me ocurrió entonces lo más impredecible, que fue presentarnos en una funeraria con el gesto adecuadamente compungido y rogar

que nos vendieran dos velas para las urgencias piadosas de un velorio. Y así lo hicimos.

Después de conseguir la dirección por medio de algún transeúnte, nos acercamos a una vieja funeraria que había en la Corredera, donde entramos los dos con cara de deudos afligidos y en humilde solicitud de las velas. Al principio no nos hicieron el menor caso. Un hombre ya mayor, provisto de pasamontaña y guantes sin dedos, desapareció por una puertecilla lateral, y el siniestro cojo que hay en todas las funerarias se nos quedó mirando con unos ojillos hostiles y aguanosos. Al cabo de mucho rato, y tras reiterarle nuestra petición, escupió en un pañuelo inmundo y farfulló que de dónde coño salíamos con semejante encargo, que aquello no era ninguna casa de putas. Eso dijo. Y ya nos íbamos, más coléricos que humillados, cuando el cojo emitió como un chisporroteo gutural y nos hizo señas para que esperásemos. Se dirigió a una vitrina, sacó dos cabos de vela bastante aparentes y los colocó de un manotazo sobre la mesa. Ignoro cuánto nos cobró, pero sí sé que el precio se aproximaba alarmantemente a lo que Rafael y yo disponíamos por junto. No he olvidado todavía a aquel cojo repulsivo, cuya mendacidad tal vez fuese el origen iconográfico de mi incu-rable animadversión por todo lo que tenga algo que ver con una funeraria. Nunca más he vuelto a ninguna y tampoco deseo que nadie lo haga en mi nombre.

En contraste con esa sombría peripecia, la reunión claudestina en la bodega resultó deslumbrante. Colocamos una mesa bajo las altas ventanas del fondo de la nave, bebimos a la taciturna luz de las velas, que se agotaron casi al mismo tiempo que la paciencia, y sólo nos privamos, por imponderables de última hora, del acompañamiento musical. La amiga de Milagros, que era de pechos opulentos y piernas entecas, se mostró desde un principio muy susceptible y amedrentada. Pero las prevenciones se fueron amortiguando después de las dos primeras copas. Yo me veía allí como si

estuviere observando a otro personaje desde algún rincón tenebroso de la bodega. No pensaba tanto en la inminencia excitante de lo que iba a ocurrir, cuanto en la delectación de una experiencia que me aproximaba de hecho a la circunscripción jactanciosa de mis propias infracciones. En algún momento llevé a Milagros hasta el automóvil, que parecía haberse resignado con polvorienta mudez a su definitivo letargo bajo los porches. Y allí dentro, recostados en un frío asiento que olía a gutapercha rancia, sin consentir ella que la penetrase mal que bien, me practiqué una especie de hábil masturbación con los muslos que me condujo velozmente al primer orgasmo cierto de que tengo constancia, esa convicción clamorosa de haber sobrevivido a un placer sólo barruntado hasta entonces en confidencias de amigos o en muy deficientes suplencias eróticas. Por alguna parte debió de retumbar la disonancia delatora del clarinete del novio de Milagros.

A tía Carola Bonald Erice, hija del otro abuelo Juan, no la conocí sino cuando vine por primera vez a Madrid, en 1951. Había oído decir en Jerez que estaba acostada desde que acabó la guerra, o sea, que ya había cumplido sus buenos once o doce años en la cama. Pero no era exactamente así y, además, las causas de semejante actitud no tenían demasiado que ver con las de los otros Bonald acostados. Tía Carola era viuda de guerra. Su marido, un coronel jurídico, había desaparecido en la turbamulta bélica y, por lo visto, ella tardó mucho en superar ese infortunio. El hecho de acostarse tuvo el mismo significado, creo yo, que si se hubiese recluso en un convento. Por los años en que yo la traté, su permanencia en la cama no era ya tan inquebrantable. Se empezó a levantar para ir a todos los estrenos de teatro de que tenía noticias a través de *ABC* y luego, poco a poco, se habituó a salir por las noches para cenar en alguno de los restaurantes de la zona de la calle Almirante, que es donde vivía y donde murió no hace mucho, en la misma casa en que estuvieron

hasta su extinción los Laboratorios Bonald. Era una mujer muy delicada y agradable, una de esas señoras mayores que resultan particularmente atractivas por algo que no se acierta a discernir a primera vista y que acaba asociándose al hecho de que han sabido envejecer con una elegante displicencia. Detestaba por igual las joyas, los cosméticos y las verbenas, cada cosa a su tiempo. Tenía noventa y cuatro años cuando murió y había conservado hasta entonces una lucidez, una tolerancia y una tan benevolente noción de la vida que nunca dejaron de conmoverme, tal vez porque reproducían con palmaria exactitud las de mi madre y, posiblemente, las de todas las mujeres de la familia Bonald que he conocido.

Tía Carola no había tenido hijos, pero sí disponía de varios sobrinos y sobrinas más o menos de mi misma edad. Una de esas sobrinas, Natalia, solía pasar algunas temporadas con nosotros en Jerez y se casó con un bodeguero, Eduardo Delage, hijo de un alcalde franquista, que terminó arruinándose por no sé qué enrevesados pleitos de herencias. Otro sobrino, César, era muy divertido y fue al que yo más traté durante mis primeros años en Madrid. Después de abandonar los estudios de arquitectura, se había ocupado de tareas muy diversas, todas ellas dispartadas. De acuerdo con sus propias informaciones, generalmente dudosas, había hecho de todo. Si se introducía en la conversación un comentario en torno a cualquier oficio, por muy excéntrico que fuese, enseguida intervenía él para pontificar sobre la materia y extenderse en los pormenores de su actividad en ese terreno. Cuando yo lo conocí, no hacía mucho que había vuelto de Túnez en avanzado estado de postración. La familia se temió enseguida que algo iba mal y que no parecía improbable que eligiera la cama como más idónea fórmula curativa. Pero como César no era Bonald más que de segundo apellido, la sospecha no pasó a mayores. Sólo estuvo unos pocos meses encamado y, en apariencia, acabó recuperándose sin otra medicación que su emprendedora terquedad imaginativa.

Según él, había logrado amasar una pequeña fortuna en Túnez, gracias a una contrata de cemento para las nuevas construcciones turística del golfo de Hammamet —por donde precisamente pasé yo, no hace mucho, camino de la ciudad santa de Kairuán—, pero ocurrió que un grupo mafioso italiano que operaba en la zona empezó a hacerle la vida imposible. Así que prefirió abandonar tan lucrativo negocio antes que exponerse a abandonar este mundo. Siempre según él, decidió entonces desplazarse a los campos petrolíferos de El Borma, ya en la frontera meridional con Argelia, más por la tentación de la aventura que por intereses estrictamente económicos. Aunque no consiguiera encontrar allí ninguna clase de acomodo, sí tuvo la suerte de conocer a una especie de jeque beréber que lo contrató como edecán —así lo definió él— y a quien sirvió en el Gran Erg por espacio de cinco meses. El desenlace de la historia nunca llegué a saberlo, por más que me azuzara la curiosidad, pues el interesado no solía responder sino con subterfugios. Andando el tiempo, supe que César había sido, sucesiva o simultáneamente, regidor de un teatro, inventor de una fórmula de embalsamamiento destinada a momias exquisitas, representante artístico, promotor tardío del aprovechamiento del semen en la elaboración de productos de belleza, negro de un comerciante aficionado al género dramático, y no sé qué más. Poco antes de su muerte, que acaeció de manera repentina, se pasaba las tardes en el café Gijón perorando sobre las ventajas del socialismo utópico para contrarrestar la proliferación de desfiles militares.

Aparte de abuelo, sólo otro miembro de la familia que vivía con nosotros en Jerez puede incluirse —aunque con reservas— en la nómina de acostados. Me refiero a tía Isabela, la hermana menor de mi madre. En realidad, tía Isabela sólo se quedaba en la cama por temporadas y, después de casarse, no se volvió a acostar, quiero decir sin motivo. La recuerdo como a una amiga casi de mi edad o, mejor, como a la mujer

con quien —después de mi madre— más confidencias compartí en los intrincados años de la adolescencia. Estaba dotada de una disposición artística que sólo las adversidades educativas o la injusticia del tiempo hubieron de ir neutralizando. Tuvo un solo hijo, Humberto —hoy arquitecto en Sevilla—, al que educó con solicitud magnánima, y murió en Sanlúcar después de una larga y abominable enfermedad. Escribía con bastante primor y ella fue la que vino a iniciarme pacientemente en los trances aventureros de la lectura. Me parece que lo que pretendía era sustraerme así de otros gustos posibles que pudieran malear mi personalidad. Supongo que era así de crédula.

En esto coincidía tía Isabela con un excelente profesor de literatura que tuve en los Marianistas, en los últimos años del bachillerato. Se llamaba don Javier de Orbiso y era todo un caballero, muy pulcro y cortés. Aunque yo me hacía un poco el desentendido, sé que él me tenía entre sus alumnos predilectos. Yo pensaba, en buena ley, que a quien don Javier tenía que haber apadrinado era a un compañero de clase, un interno oriundo de la serranía gaditana, por mal nombre «Tempranillo», que producía una media de veinte composiciones líricas —preferentemente sonetos— por día lectivo. Pero se conoce que tamaño fecundidad no suscitaba ningún beneplácito por parte de don Javier, que era hombre de gustos más ponderados. Una vez me dijo, como por juego, que por qué no escribía cualquier cosa que se me ocurriera, sólo para corroborar lo que ya él daba por cierto, esto es, que las deficiencias de mi conducta no se correspondían con mis aptitudes literarias. No escribí nada, y bien que lo sentí luego, pues no tardé en comprobar que había decepcionado de la manera más ingrata al bueno de don Javier.

De modo que me aficioné a leer a Stevenson, a Melville, a Conrad, a Verne (que es el que menos me agradaba), a London, sólo porque tía Isabela aprovechaba cualquier ocasión para regalarme todos los libros de esos autores que

encontraba por ahí. Sin ser sus preferidos —ella se inclinaba sobre todo por la novela naturalista—, pensaba que muy bien podían servirme como más fructuosa vía de acceso al cultivo de la sensibilidad. Nunca se lo agradeceré bastante. Tengo la impresión de que fue por entonces cuando alimenté la empecinada idea de que si yo me inventaba alguna historia y me ponía a escribirla, le devolvería muy satisfactoriamente a tía Isabela los muchos desvelos y atenciones que me dedicaba. Pero no, creo que esa ocurrencia sólo llegó a verificarse algún tiempo después, cuando cayó en mis manos una especie de semblanza biográfica de Espronceda que había por casa. La semblanza se debía a don Narciso Alonso Cortés y el libro estaba dedicado a la abuela Julia. A poco me enteré que este don Narciso, académico y estudioso de la literatura del XIX, se había carteadado con abuela a propósito de no sé qué cuestiones pedagógicas. Nunca, al cabo de los años, conseguí encontrar esas cartas.

A lo que iba. Esa biografía de Alonso Cortés —cuya obra ya nadie recuerda— era un texto más bien mediocre pero que a mí me mostró a un Espronceda fascinante. No me refiero a su poesía, que había leído a trechos y casi a escondidas, sino al personaje propiamente dicho, al hombre de acción que venía a compendiar la más vistosa imagen del paladín romántico en versión española. Me dejó estupefacto —sin paliativos— que una persona que murió con treinta y tres años hubiese alcanzado un destino literario y humano tan rigurosamente espectacular. La enumeración de sus andanzas me resultó por lo menos asombrosa. Si insisto en recordarlas es porque nunca, ay de mí, he dejado de hacerlo. Fundó con el iluso Patricio de la Escosura —el del «bulto vestido de negro capuz»— una sociedad secreta cuando tenía dieciséis años (¿los míos de entonces?); viajó poco después a Lisboa, Londres, París; luchó en las barricadas durante la revolución de 1830; estuvo desterrado por su exacerbado republicanismo; fue diputado, guardia de Corps, secretario

de la legación española en La Haya. Por si todo eso fuera poco, se las ingenió para raptar a una muchacha —casada con otro— que acabó abandonándolo y dejándole una niña. Y algo más prodigioso: un día, cuando paseaba por la calle Santa Isabel de Madrid, vio a su amante muerta a través de una ventana.

Semejante acumulación de hazañas me inculcó una aspiración apremiante: la de intentar ser como Espronceda. En vista, sin embargo, de que resultaba más bien descomulgada la imitación de tantas y tan meritorias peripecias, opté por elegir las dos más asequibles: escribir poesía y arrojarme de bruces en una vida licenciosa, con lo que mis incoercibles deseos de emulación quedaban bastante bien encaminados. La desesperación lírico-dramática de Espronceda, como travesunto fiel de mi fingida desesperación, constituyó el primer imperioso vínculo operativo. Me llevó mi trabajo encontrar el método más idóneo para que esas disipaciones me proporcionaran un buen motivo de inspiración poética. Probé muchas nocturnidades y alguna que otra alevosía, todo ello con la debida premeditación y de acuerdo con mis muy precarias disponibilidades económicas. Fue una temporada inolvidable y ya me veía admitido en la intimidad del Parnaso en razón de los muchos méritos contraídos. Rehuía a los amigos de siempre y me ausentaba de los sitios habituales de paseo para que esa ausencia me hiciera aparecer ante los demás como un personaje extravagante, cuyo más presumible secreto era el de llevar una vida altamente pecaminosa. La asiduidad a tabernas, prostíbulos y antros de similar calaña me deparó una ufanía, una especie de delectación morbosa, que no por difusa dejaba de intercalar sus dosis de arrepentimiento, cosa que tampoco me venía mal a efectos temáticos. Mientras practiqué ese voluble aprendizaje, escribí un buen número de poesías, todas ellas del género melodramático, que el tiempo ha tenido la deferencia de extraviar.

Tía Isabela era una mujer tierna y obsequiosa, de muy

buena planta, un poco lánguida quizá, con una animadversión casi enfermiza por las cosas rastreras de la vida. Un día de invierno decidió acostarse con la excusa de que hacía mucho frío en la casa. Frío hacía, desde luego, pero ella dedujo que sólo podría combatirlo por el procedimiento de no levantarse. Hay remedios peores. En Jerez, como en otras muchas ciudades andaluzas, no se solían acondicionar las casas contra el frío porque, tradicionalmente, se daba por hecho que la benignidad del clima eximía de cualquier precaución en este sentido. Nada más falso. Los mayores fríos caseros de que yo tengo memoria —no los angustiosos de la guerra y años subsiguientes, sino los normales de cada día— los he padecido en Jerez o en Sanlúcar. Los medios usuales para contrarrestarlo, aparte de bufandas, gorros, guantes, guantes y demás, se reducían al brasero y ocasionalmente a la chimenea. El brasero, de cisco o de orujo de aceituna, se colocaba a media mañana en la camilla, y no sé si por influjos del diminutivo, retenía allí a todos los miembros de la familia que no estaban en la cama o no tenían mejor cosa que hacer. Mi madre solía esparcir sobre las brasas, con metódica frecuencia, un buen puñado de alhucema, con lo que toda la casa se impregnaba de un efluvio aromático de monte que todavía hoy forma parte, con la emanación de las sábanas húmedas y del cuero recién curtido, de las emociones sensitivas que aún me siguen acompañando.

El miembro más joven de la familia que se acostó en funciones de enfermo imaginario fue el primo Rafael. Este primo era tres semanas mayor que yo y, en principio, se pasaba las noches leyendo y fumando una especie de tagarninas apestosas. Cuando optó por quedarse en la cama ya había muerto su padre —algún mentecato dijo que por fin se había levantado, aunque no por su propio pie— y no parecía que él llevase distinto camino. Pero su etapa de acostado duró un año a lo sumo. Un día abandonó la cama sin previo aviso y, como si fuese la cosa más natural del mundo, le dijo a su

madre que iba a salir y que a lo mejor llegaba un poco tarde a comer. La madre, que era una bondadosísima señora, no hizo sino despedirlo con lágrimas en los ojos. La bodega ya la habían tenido que vender de mala manera, debido a la dejadez mayúscula de tío Rafael, y el hijo se propuso desde entonces administrar los bienes que aún les quedaban, unas casas de renta antigua y unas pocas tierras en la montaña santanderina.

Rafael fue realmente un constante mentor de mis primeros ejercicios literarios más o menos razonables. Con él y con otros dos jóvenes letraheridos de la localidad formábamos como un frente iconoclasta cuya principal estrategia consistía en escandalizar al personal con toda clase de descaros y excentricidades. Una actitud que se manifestaba incluso en la manera de hablar ante personas que no pertenecían a nuestro círculo de confabulados y a quienes dedicábamos entonces frases sutilmente descabelladas. Aún recuerdo algunas del tipo de «acabo de enterarme que la monja alférez tenía tres tetas», «si un pájaro vuela hacia atrás es que ha mamado de pájara», «ayer vi en Sanlúcar a un ahogado que no hacía más que comer higos chumbos», «dicen que los mejores buñuelos son los que se fabrican con las pelotillas de los pies de los obispos», y otras mamarrachadas a este tenor. Tal vez de un modo instintivo, necesitábamos neutralizar, no importa que dando palos de ciego, la ramplonería, el mezquino estatismo social y cultural de aquel Jerez de los años 40. Éramos en puridad los primeros adolescentes de la posguerra y todavía no nos habíamos enterado de nada, ni siquiera de que estábamos usando una especie de variante con minúsculas de la libertad frente a la general privación de libertades. Cumplimos pues a rajatabla con nuestro cupo juvenil de intemperancias y desobediencias, si bien ninguna de ellas tenía el más remoto parecido con algún airado inconformismo de carácter ideológico.

Una noche borrascosa ideamos una fechoría que, de no

intervenir algún influyente preboste, nos habría llevado sin más ante la justicia ordinaria. Resulta que en una bella placita de Jerez, justo detrás de la casa donde nació don Miguel Primo de Rivera, había una pequeña estatua dedicada al también jerezano padre Coloma. Era un busto de escaso relieve, montado sobre un pequeño pedestal. En ese pedestal lucía una primorosa inscripción donde se proclamaba lo honrado que se sentía el pueblo de Jerez por contar entre sus hijos a aquella lumbrera de las letras patrias, por no decir de las universales. Y se nos antojó de pronto que semejante despilfarro de alabanzas tenía un acusado tinte provocativo. Así que nos personamos en la plaza muy de madrugada, provistos de las herramientas pertinentes, y desmontamos el busto de nuestro ilustre paisano. Alguno de los implicados pensaría con toda probabilidad que el autor de *Pequeñeces* no se merecía un ultraje tan burdo, siquiera fuese por la amenidad satírica con que intentaba suplir a veces su paupérrimo estilo, malbaratado entre rifirrafes de salón y moralejas jesuíticas. Una vez el busto en nuestro poder, se nos planteó un dilema difícil: el de no saber qué hacer con él, aparte de que su peso dificultaba un largo traslado. Juan Valencia, un digno y malogrado poeta que fue mi mejor amigo de entonces, se ofreció con temeraria diligencia a llevárselo a su casa para celebrar allí al día siguiente un nuevo acto de agravio. Pero lo que terminamos haciendo no fue otra cosa que cargarlo a duras penas hasta la casa natal de Primo de Rivera, en cuya puerta lo depositamos. Nunca supimos quién pudo vernos o quién se malició que el estropicio había sido perpetrado por nosotros, pues fuimos llamados a declarar ante la policía y el periódico local arremetió contra tan indignos pisoteadores de la gran ejecutoria cultural jerezana. La sangre, en todo caso, no llegó al río.

En ese mismo periódico local —el *Ayer*— había aparecido poco antes el que fue mi primer texto publicado, si bien escrito en colaboración con el primo Rafael y firmado de

manera que parecía sólo mío: Caballero-Bonald. Era un artículo sobre las trastiendas humanas del circo y, después de esmerarnos en su redacción por espacio de dos largos días, pensamos que su calidad era incluso muy superior a la de las colaboraciones habituales del *Ayer*, mayormente referidas a temas marianos o de exaltación de los valores de la patria en general y de la chica en particular. Este periódico adolecía de unas deficiencias tipográficas tan palmarias que resultaba prácticamente ilegible, aparte de que también lo fuera a efectos informativos. Una vez, en la página dedicada a las noticias de última hora, apareció una nota magistral; decía: «Más noticias de última hora en la edición de mañana.» Pues bien, el primo Rafael y yo nos armamos un día de valor y fuimos a ofrecerle aquella primicia literaria al director del *Ayer*, un señor de aspecto abacial que nos reconoció en seguida por el apellido y que nos prometió leer el artículo y, si lo encontraba aceptable, publicarlo. Sólo estuvimos pendientes de esa eventualidad unos pocos días y, cuando al fin vi mi firma impresa, pensé que de ahí a la fama no había mucho trecho. Y que incluso me iba a resultar fácil dar el salto.

El artículo en cuestión tuvo una historia previa de cierto gracejo. En una explanada al final de la calle del Porvenir estaban instalando un circo y a mí se me ocurrió presentarme por allí, en funciones de periodista, para ofrecer la realización de un artículo. Le confíé mi idea al primo Rafael y él se mostró muy dispuesto a acompañarme. Así que nos personamos en el circo cuando aún no habían terminado de montar la carpa y preguntamos por el director. El director nos recibió en una *roulotte* medio desvencijada y nos obsesó, como primera medida, con dos entradas para asistir a la función inaugural del día siguiente, con lo que obtendríamos información sobrada acerca de las excelencias del espectáculo. Y así lo hicimos. Los números circenses eran bastante modestos, pero descubrimos a unas chicas saltimbanquis

sumamente atractivas, o eso pensamos mientras hacían sus piruetas. La idea de escribir el artículo se vio entonces muy reforzada por la posibilidad de entablar relaciones con esas acróbatas. Eran cuatro, pero Rafael y yo ya habíamos elegido a las dos más agradadas. Al terminar la función, proseguimos con nuestra tarea periodística y, de paso, invitamos a esas dos chicas a venirse con nosotros a tomar una copa. De cerca y ya vestidas de calle, las saltimbanquis parecían mucho más famélicas que cuando actuaban en la pista. Exhibían, además, un aire de muñecas baratas un poco decepcionante. Dijeron que estaban muy cansadas y que a esas horas ellas no iban a ningún sitio, pero que al día siguiente, a las doce de la mañana, podíamos ir a recogerlas. Y en eso quedamos.

La cita tenía, en principio, un componente de descaro que la hacía más tentadora. Salir al mediodía con aquellas dos muchachas tan lerdas y llamativas podía resultar de lo más impropio. En una sociedad como la jerezana, dividida en clanes a manera de círculos herméticos y atascada en sus necios prouarios educativos, esos exhibicionismos podían ser considerados como formalmente recusables. Una cosa eran los deslices a escondidas y otra muy diferente las demostraciones públicas. Ya comenté más arriba que el primo Rafael y yo —junto con Juan Valencia— nos inclinábamos siempre por ese tipo de módicas infracciones con las que poder demostrar nuestra novelera independencia. Paseamos pues con las dos saltimbanquis por la zona urbana más concurrida a aquellas horas. No recuerdo qué fue lo que hicimos exactamente, pero a lo mejor ni siquiera suscitamos la atención de alguno de los árbitros de las buenas maneras o, como suele decirse, de los respetos humanos, cosa que, de ser cierta, nos habría defraudado bastante. En cualquier caso, esas dos muchachitas eran tan pudibundas y parecían tan desvalidas que las devolvimos a su lugar de origen antes de lo previsto. Si yo había alimentado en mi fuero interno la

aventurera posibilidad de unirme al circo en calidad de cronista, para compartir así la vida errática de sus gentes, nada de eso prevaleció a la postre en mis cálculos. A Rafael y a mí, sin embargo, nos quedó como un sedimento remunerativo de algunas metafóricas interioridades de la vida circense. Por eso escribimos el artículo, donde arremetíamos de pasada, y en calidad de estetas inflexibles, contra el hábito obsceno de amaestrar animales, una trasgresión antinatural que siempre he detestado.

Rafael había ido reuniendo una biblioteca más bien insólita no ya para su edad sino para los tiempos que corrían. Con diecisiete años había leído hasta a Giovanni Papini, que ya son ganas de leer. Publicó por entonces, en una revista que hacía la asociación de antiguos alumnos de los Marianistas, unos sesudos comentarios sobre Aldous Huxley. Estaba además al tanto, a través de las revistas de la época, de todo lo que ocurría en el tinglado cultural madrileño, que era bien poco, pero que a él, y a mí de rechazo, nos resultaba de lo más sugestivo. Se entiende que todo eso hiciera de Rafael un jovencito bastante pagado de sí mismo y, si se lo proponía, de veras impertinente. Hablaba muy despacio, como cuidando de no decir ninguna tontería, y tenía fama de pretencioso y esquinado. Esgrimía un manifiesto desdén por toda clase de atrofias sentimentales, aunque era muy enamorado. Si terminaba con una novia, al punto empezaba con otra. Yo creo que lo que pasaba era que las novias, después de una etapa de tanteo más o menos prolongada, acababan aburriéndose de las agobiantes pruebas a que las sometía Rafael, más que nada por esas larguísimas peroratas sobre asuntos culturales que a ellas no les debían de interesar ni poco ni mucho. Pero lo que a mí me tenía verdaderamente encandilado era su notoria competencia en materia literaria y no cesaba de pedirle libros y orientaciones, que mi hermano Rafael se encargaba luego de aquilatar a su manera.

A partir de ahí empecé a frecuentar muy discretamente a

algunos clásicos españoles, a ciertos novelistas rusos y franceses, a los poetas parnassianos. No me sometí en este sentido a ninguna observancia al uso, quiero decir que no leí a esos consabidos figurones canónicamente aupados por las tribunas falangistas o el catolicismo militante —los García Serrano y los Ricardo León—, cuyos escauceos literarios en aquellos años triunfales me sonaban, aun sin conocerlos más que de poco trato, a chisporroteos de ínfima pirotecnia idealista. Tampoco congenié, sin otro veredicto que el surgido de una espontánea arbitrariedad, y salvo alguna fragil excepción —*¿La historia de San Michele*, del sueco Axel Munthe?—, con todos esos adocenados autores extranjeros entonces tan en boga: los Lajos Zilahy, Somerset Maugham, Zweig, Bromfield, etc. Creo que por entonces mis hábitos de lector aún seguían tercamente mediatizados por las nebulosas románticas, los atajos suntuosos de la novela de acción y —acaso también— los vibrantes augurios poéticos de un Gabriel Miró o un Ramón Gómez de la Serna. De modo que toda esa gimnasia especulativa recomendada por el primo Rafael, no sé si para desentumecerme el gusto o para poner a prueba mi capacidad receptiva, me resultó muy poco llevadera. Y con muy escasas compensaciones, ésa es la verdad. Aunque tampoco creo que fuera exactamente eso, sino más bien una cierta inopia por mi parte para seguirle la pista o hurgar en los aparejos psicológicos del malvado Dimitri Karamazov o de la hermosa madame Michu, que quedaban muy a trasmano de mis fijaciones recreativas en materia literaria.

Tengo aún algo que contar a propósito de novias. Un día me dijo Rafael que acababa de entablar relaciones con la bella hija del director de una alcoholera, una chica a la que yo no debía de conocer —recién venida como estaba de Tarragona— y cuya simple contemplación bastaba para provocar toda clase de éxtasis, que es lo que a él le había acontecido. En vista de que Rafael tenía que estar con ella por las tardes, según exigían los más acreditados protocolos

amorosos de la época, no pudimos vernos entonces con la misma asiduidad que antes. Era la primera vez que ocurría algo así, y yo me quedé de veras defraudado, alimentando incluso la suposición de que semejante actitud se parecía mucho a una deslealtad. Con esa murría andaba cuando una tarde, mientras paseaba con Juan Valencia, me señaló éste a una guapa muchacha que se cruzó con nosotros, aclarándome que se trataba de la novia de Rafael. Ese hecho tan simple me ocasionó un serio trastorno sensitivo, pues a partir de ahí quedé absolutamente prendado de la apetecible novia del primo, que luego resultó no serlo. Pero como yo creí que lo era, inmediatamente se activó en mi imaginación un complicado mecanismo de interferencias amorosas. La cosa duró más de lo razonable y por primera vez sentí que una pasión de la clase de las avasalladoras me instaba a buscar un lenitivo que únicamente podría encontrar en los refugios ilusorios de la poesía lírica. Sólo volví a ver otro día a aquella musa sostenida con los artificios de mi propia redundancia sentimental, y ya al cabo de unas dos semanas, cuando Rafael me presentó a su verídica novia, supe que me había enamorado de lejos y por error. Tan enrevesado asunto me reportó una estimable confusión emotiva que tardé meses en resolver.

Rafael disponía de amigos raros y curiosos, como algunos de sus libros. Uno de esos amigos tuvo una memorable relevancia en mis vaivenes primerizos como aprendiz de poeta. Se trataba de un señor ya sesentón, con muy extendida fama de homosexual y, por ende, sistemáticamente desplazado de la más gazmoña sociedad jerezana. Este señor —don Teodoro Casares— era un culto bibliófilo, rico por su casa, que había pertenecido al partido republicano reformista (el mismo en el que militó mi padre) y que había conseguido finalmente sortear los asaltos de quienes pedían la muerte de la inteligencia. No sé cómo se las arregló para salvar asimismo de la quema los buenos catorce o quince mil volúmenes

de su biblioteca. Tampoco sé por qué lo conocía Rafael, a lo mejor era un viejo amigo de la familia. Un día nos llevó a su casa a Juan Valencia y a mí. La casa era un despropósito. Grande y destartalada, tenía el piso bajo condenado y en el de arriba había libros por todas partes, amontonados con un aparente desorden que resultó obedecer a un peculiar método de clasificación por épocas y materias. También había por allí un buen número de pájaros disecados con aspecto de podridos, diversos maniqués vestidos con antiguos uniformes de alabarderos y no pocos trastos de encuadernador que más parecían instrumentos de tortura.

Don Teodoro nos recibió con mucha amabilidad. Era un hombre más bien bajito, de pelo ceniciento, tristán y desaliñado. Llevaba siempre escurridas hacia la punta de la nariz unos lentes de montura plateada, y miraba por encima de ellos con unos ojos interrogantes y como desvalidos. Nos invitó a una copa de oloroso y se mostró de lo más complacido cuando Rafael lo ilustró en términos magistrales sobre nuestras aficiones literarias. En contra de las más arraigadas codicias y prevenciones propias de los bibliófilos, y sin que mediara la menor insinuación por nuestra parte, don Teodoro se ofreció a prestarnos algunos libros que, según él, estaban proscritos en todas las covachas nacionales de la instrucción pública. Así lo puntualizó. La magnanimidad de don Teodoro no paró ahí, sino que nos propuso, si ése era nuestro deseo, reunirnos un día a la semana para devolverle los libros prestados y recoger otros, todo ello sin perjuicio de tomar una copa en paz y armonía mientras le contábamos nuestros empeños literarios. Al cabo de tanto tiempo, continuo oyéndolo hablar así, con un lenguaje de viejo republicano educado en el respeto al prójimo y obstinado en que nadie, y menos aún los emisarios de la sinrazón, pudiese violentar la beata solidez de sus ideas. Desde luego que ninguno de nosotros sabía entonces nada de la militancia política de don Teodoro ni de su azarosa filiación de desafec-

to, según la terminología policial al uso. De lo que sí estábamos enterados era de su condición de homosexual, cosa que nos mantenía a veces un poco en vilo, pues el pobre don Teodoro no podía sustraerse a la tentación de algún que otro disimulado tocamiento o de unas miradas anhelantes y como sugeridas por esa especie de ternura maltrecha que agobia a los reprimidos. Pero su generosidad, sus palmarias atenciones de hombre solitario y habituado a la desdicha, iban a modificar sustancialmente las relaciones entre mi experiencia y el pensamiento literario en que se alojaba. Una manera, como cualquier otra igualmente casual, de ir llenando de contenido los espacios en blanco de la imaginación.

El primer libro que me prestó don Teo —que así lo llamábamos— fue la *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez, en la edición de 1922 de la Colección Universal. De eso sí que me acuerdo como si acabara de ocurrir. Llegué a casa con aquel desconocido tesoro y me acosté enseguida para leerlo. Por la mañana, la correlación de fuerzas de mis ideas literarias había adquirido una nueva movilidad. Fue como si se desmantelaran bruscamente en la memoria todas mis anteriores pertenencias poéticas y descubriera de pronto la maleable utillería de un lenguaje que no era con el que yo me había familiarizado hasta entonces. Lo cual vino a acrecentarse cuando permuté con Juan Valencia el libro que le había prestado a él don Teo: la antología de *Poesía española*, de Gerardo Diego, en la edición de la Editorial Signo de 1932. Casi sin saberlo, aquel bibliófilo triste y arrinconado había puesto a mi alcance el instrumental idóneo para una operación reflexiva de urgencia, inviable hasta entonces dentro de las condiciones de incertidumbre y aislamiento en que me desenvolvía. Y más tratándose de un joven extraviado por ciertos volubles arrabales de la literatura, acotados todos ellos por un lirismo de falsete. Eran a no dudarlo unas arpas muy cubiertas de polvo. En aquel Jerez de mediados de los 40, inmerso en una tenaz indignancia cultural y replegado en

sus propias fanfarrias localistas, la ayuda intachable de don Teo fue desde luego providencial. Es posible que todavía anduviera yo queriendo vagar por los anillos exteriores de la imaginación romántica, es decir, por un suministro poético mezclado de venenos tormentosos muy rápidos de digerir. Pero ya nada iba a ser lo mismo. Digamos que Juan Valencia y yo pasamos por junto, y sin estaciones intermedias, del previo invento poético de la experiencia a una experiencia directamente coagulada con el lenguaje. De lo que no estoy seguro es de que eso ocurriera tan de inmediato. O de que no se interpusiese *bona fide* algún otro desvío más o menos transitorio.

Coincidiendo con esas incipientes recapitulaciones también tratamos Juan Valencia y yo con alguna regularidad a Mercedes Zurita, marquesa de Camporreal, una viuda muy bien plantada y de efusivo trato que gustaba de las bellas artes y, en especial, de las buenas letras. Eso del marquesado, que venía a representar otro de los ornamentos ineludibles para la alineación en el catálogo de genuinos señoritos jerezanos, no parecía ser en este caso un requisito sino un accidente. Por cierto, creo que fue Agustín de Foxá —autor de un soneto feroz contra la aristocracia local— quien puntualizó que, en Jerez, sólo había dos garantías de prestigio: o ser Domecq o ser caballo. Pues bien, esta marquesa, que vivía en un magnífico palacio neoclásico cerca de la vieja iglesia mudéjar de San Lucas —habitado hoy por un inteligente sobrino suyo: Manolo Domecq Zurita—, era desde luego una mujer de mucho fuste, nada amiga de las convenciones, muy disponible y liberal. No debía de andar demasiado sobrada de fondos, pues le había alquilado unas habitaciones de la planta baja del palacio a un poeta recién llegado de Sevilla y doblado de interventor municipal. Esas habitaciones tenían una entrada independiente por la calle, aunque también comunicaban con el que siempre me pareció el más bello y elegante patio solariego de Jerez. El tal poeta, de

nombre Antonio Milla, era un personaje zumbón y jaranero, de alarmante compleción sanguínea, que se había aficionado a los vinos locales con un entusiasmo por lo menos electoralista. Autor de muy variadas composiciones de carácter básicamente ditirámico, coincidió un par de veces con Juan Valencia y conmigo en algunas de nuestras visitas a Mercedes Camporreal. Antonio Milla no sólo aportaba a la reunión un recital breve de sus poesías, sino unas botellas de solera bastante más sustanciosas. Todo parecía incorporado a un paisaje anacrónico y algo decadente, con un excesivo acopio de formas impresionistas, pero también había en aquel salón como el germen de un antídoto contra las zafiedades cotidianas. Además, la marquesa tenía una hija lindísima, Mariana, que aparecía a veces por allí y le otorgaba una atrayente lozanía a aquellos aposentos un poco cauducos.

Todas esas andanzas en común se fueron normalmente descablando. Cada cual eligió su propia carrera y apenas nos veíamos más que a ratos perdidos. El primero que desertó fue Juan Valencia. Un día, no mucho tiempo después de su marcha, me lo volví a encontrar en Sevilla y me dijo que iba a casarse. Era tan joven y estaba tan desposeído de asideros económicos (acababa de abandonar a su familia en un repente de absoluta sublimación de la autosuficiencia), que me sorprendió de veras esa decisión tan precoz e impredecible. Quedamos citados para el día siguiente en los jardines del Alcázar, donde iban a estar él y su futura mujer con Joaquín Romero Murube, entonces conservador o alcaide o usufructuario vitalicio de aquel hermoso recinto árabe. Romero Murube, que era una persona muy fina y muy bien dotada para lo que podrían llamarse las intrigas palaciegas de la vida cultural, había sido por lo visto el causante de que Juan conociera a la que iba a ser su mujer. Se llamaba Margarita Fórmica y resultó que yo ya la conocía de oídas, a través de amigos comunes y aun de parientes. Había estado casada con

un arquitecto sevillano, Juan Talavera, del que luego se divorció y que era así como conculado de tía Isabela Bonald.

El encuentro fue muy grato y paseamos en son peripatético por los jardines del Alcázar, convertidos por obra y gracia de Romero Murube en los de Academos para uso poco menos que privado. Margarita ya no era ninguna niña y tenía ese aire elegante y un poco desdénso de las personas que sólo desean compartir las porciones más delicadas de la realidad. Era cuñada de un hombre encantador y algo disipado, Eduardo Lloset, a quien yo había conocido en Sanlúcar y a quien volví a ver en Madrid cuando todavía era —ignoro por qué desvarios administrativos— director del Museo de Arte Contemporáneo. Lloset estaba casado con otra Fómica, Mercedes, aunque el matrimonio no andaba muy allá, pues él había tenido la peregrina ocurrencia de juntarse con una dama que era el vivo retrato de su mujer. No es infrecuente que eso ocurra, sobre todo si se alcanzan a descubrir los hechizos de lo que podría llamarse una clonación espontánea. Lloset y Romero Murube pertenecían a esa exigua casta de andaluces cuya más meritoria cualidad consiste en aparentar que lo son a contracorriente, un prurito que a lo mejor define una manera incluso más exacerbada de ser andaluz, si bien no siempre referida a las farfollas regionalistas de curso legal. Hedonistas y refinados, su actitud también podía tener en este sentido algo de ambigua, inadvertidamente vertebrada a la noción cernudiana de Andalucía: ese sueño que cada andaluz reinventa a su manera.

Volví a ver en Sevilla alguna que otra vez a Margarita y a Juan, casi siempre en compañía de otros amigos —Felipe de Pablo-Romero, José María Moreno Galván, a más del primo Rafael—, pero había como una tática obstinación en barruntar que nos estaban distanciando las divergentes bifurcaciones de nuestra propia manera de ser. Después de esos pasajeros encuentros, sólo coincidí con Juan una sola —y última—

vez, ya en Madrid, adonde había ido a solventar no sé qué papeleos de su licenciatura en filología hispánica. Leí en su cara como el amago prematuro de una desconexión, como si ya hubiésemos aceptado el preaviso de que no íbamos a volver a vernos. Sabía que su salud era precaria y que menudeaban sus depresiones. Se había ido a vivir a Málaga con Margarita y yo no quise —mal que me pese ahora— volver a verificar lo que ya se había ido convirtiendo en una especie de altanería mutua. Eso sí, me mandaba sus libros —los dos que publicó en Málaga— y yo a él los míos, pero aquel viejo apego que nos hizo crecer juntos y vivir las mismas venturas y adversidades literarias, las mismas nocturnas algarabías, ya se había consumido, no sé por qué incoherentes desidias. Me enteré de su muerte cuando ya hacía más de un mes que lo habían enterrado, con lo que se me recrudeció penosamente una ya aletargada sensación de contrito.

Al primo Rafael continué viéndolo cuando coincidíamos en Jerez durante las vacaciones. No había vuelto a quedarse en la cama más tiempo del habitual, aunque solía leer hasta que amanecía y no se levantaba hasta pasadas las dos de la tarde. Había abandonado del todo su afición a escribir, que tampoco fue muy persistente, y me advertió que la dedicación activa a la literatura era una contingencia que carecía realmente de relevancia. «Es más provechoso mantenerse en los aguantaderos del observador», decía, «aunque tampoco estoy muy seguro de que el hecho de escribir sea más desesperante que la decisión de no hacerlo.» En cualquier caso, a él le resultaba más práctico comprobar la solvencia o la futilidad de los cultivadores de la literatura por el procedimiento de andar escudriñando en sus obras. Y ciertamente seguía leyéndolo todo, incluidas las últimas novedades de librería no especialmente recomendables.

Andando el tiempo —no hace todavía mucho— me telegrafoneó un periodista de *Interviú* proponiéndome escribir un

reportaje sobre los Bonald acostados. No sé cómo se enteró, al cabo de los años, de esa predilección familiar. Tal vez yo deslicé algún comentario desafortunado ante un conocido común, que le fue con la historia. Naturalmente que ni yo acepté bajo ningún concepto airear semejantes intimidades, ni entendía a quién le podía interesar todo eso, y más tratándose de una revista tan chocarrera como *Interviú*. Así que me negué a colaborar, si bien consentí, no sin alguna malevolencia, en que el periodista se pusiese en contacto con Rafael, por si lo sorprendía en una de sus fases extravagantes y encontraba divertido el escarceo. Juzgué indispensable, sin embargo, anticiparle al primo lo que se tramaba y él montó en justa cólera y me advirtió que ni siquiera se pondría al teléfono. Y así fue, en teoría. El periodista me llamó después para informarme de su extrañeza ante lo que había ocurrido. La conversación que mantuvo con Rafael fue más o menos como sigue:

«¿Puedo hablar con el señor Bonald?»

«¿De parte de quién?»

«Soy de la revista *Interviú*.»

«Ya. Disculpe que hable tan enrevesado, es que me estoy comiendo una fruta escarchada.»

«No se preocupe.»

«Soy su secretario, ¿qué desea?»

«Es un asunto personal, querría hablar con él.»

«Pues lo siento mucho, pero el señor Bonald está hibernado desde hace dos meses en la estación biológica de Doña.»

7. DUELO A PRIMERA SANGRE

Cuando terminé el bachillerato, no tenía la menor idea de lo que quería hacer. Y ahí empezaron los problemas. Yo me había pasado nada menos que once años —cuatro de primera enseñanza y siete de bachillerato, según el plan de estudios de 1942— en el colegio de los Marianistas de Jerez, cuando aún estaba en la calle Porvera. Era un enorme caserón de tres pisos, con cuatro patios solados de mármol y una explanada anexa de tierra batida, más bien un predio rústico destinado al recreo, cuyas dimensiones debían de coincidir con las de un campo de fútbol. Esta explanada constaba de tres áreas netamente divididas por sendas vallas de madera pintada de verde: una para los pequeños, otra para los medianos y otra para las mayores. No había servidumbres de paso ni nada parecido. Permanecer en uno de aquellos recintos por alguna razón ajena a la de la edad era considerado como una invasión punible. Aunque yo los fui ocupando sucesivamente a medida que crecía, esa prohibición me deparó una de las primeras tentadoras ofertas para convertirme en un infractor reincidente.

Los recuerdos de mi vida colegial son generalmente gratos, o son más copiosos los buenos que los malos recordados, aquéllos referidos a mis andanzas por libre y éstos a las disciplinas y observancias propias del caso. Los profesores,



© Juan Carlos Cazalla, 1994

José Manuel Caballero Bonald nació en Jerez de la Frontera el 11 de noviembre de 1926. Su padre era cubano y su madre pertenecía a una rama de la familia del vizconde de Bonald –el filósofo tradicionalista francés– radicada en Andalucía desde fines de siglo. Estudió Náutica en Cádiz y Filosofía y Letras en Sevilla y Madrid. Fue profesor de literatura española en la Universidad Nacional de Columbia y en el Bryn Mawr College y trabajó en el Seminario de Lexicografía de la Real Academia Española. Es autor de nueve libros de poesía, entre ellos *Las horas muertas* (premio Boscán y premio de la Crítica 1958), *Descrédito del héroe* (premio de la Crítica 1977) y *Laberinto de Fortuna*, y de las novelas *Dos días de setiembre* (premio Biblioteca Breve 1962), *Ágata ojo de gato* (premio de la Crítica 1974), *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (premio Ateneo de Sevilla 1981), *En la casa del padre* (premio Plaza & Janés 1988) y *Campo de Agramante*, que han sido traducidas a diferentes idiomas y están siendo publicadas en esta colección. Es también premio Pablo Iglesias de las Letras 1978 y premio Andalucía de las Letras 1994.

LIBRERIA
Montparnasse
D. REMONDO, 3
SEVILLA



Tiempo de grandiosidad

1996

La literatura de la memoria

LUIS GARCÍA MONTERO

El recuerdo es siempre una forma de la imaginación, tan sólo comparable con esa otra variedad de la imaginación que es el futuro. La realidad se desnuda ante los ojos con su autoritarismo fugitivo, como un punto intermedio entre lo que se intuye y lo que se olvida. Por eso el presente ejerce su labor, al modo de las operaciones literarias, en un misterioso viaje de ida y vuelta. El niño no conoce el mar y a fuerza de pensar lo se lo imagina, igual que se imagina las aventuras que suceden en la otra orilla. Después llega a verlo, vive la evidencia transitoria de la realidad y empieza a trabajar en el olvido, con la necesaria selección de aquello que resiste únicamente en las sombras rebeldes de la conquista o de la pérdida. Los ejercicios de la literatura se parecen a los enredados laberintos de la memoria, a las nostalgias y los deseos que fijan cuentos, inventan verdades y barajan las instituciones con los olvidos. Regresar al pasado es una forma de sentir la libertad del futuro; por eso la melancolía se convierte con frecuencia en la mejor aliada de las ilusiones.

Por la Feria del Libro de Granada han pasado Felipe Benítez Reyes y José Manuel Caballero Bonald con obras que mezclan la memoria y la ficción, la experiencia biográfica y sus posteriores mudanzas narrativas. El tiempo es el protagonista final de sus libros, porque los dos han querido convertir en ficción literaria esa otra ficción que llamamos memoria. Contar los recuerdos supone transformar en experiencia lingüística la huella que ha ido dejando en nosotros la realidad. Vivir es algo parecido a hacerse un estilo, se eligen costumbres y amigos igual que se eligen palabras y en el proceso de selección nos vamos inventando a nosotros mismos como personajes sociales o como aparentes realidades literarias. En toda obra de ficción saltan y se mantienen las cicatrices reales de nuestra vida, porque hasta en las confesiones más impúdicas hacen acto de presencia los manipuladores procesos de la literatura.

Felipe Benítez Reyes ha convertido su pasado infantil en novela. El argumento de *La propiedad del paraíso* evoca la niñez del autor, juega con ella, la elabora, hace de la vida en Rota un modelo de existencia figurada, ese mundo que sostiene las tardes lentas de cualquier niño, porque las cosas se miran con el privilegio de la estabilidad y todo parece estar en su sitio, puro escenario de las leyendas familiares, que permi-



JUAN FERRERAS

Caballero Bonald en la Feria del Libro de Granada.

ten los sueños y los temores, pero que no se dejan afectar por el tiempo. Aprender a vivir significa perder la posesión del paraíso, empeñarse en reconquistar un mundo que se quedó fuera de nosotros. Aprender a recordar no es necesariamente una vuelta al pasado; es sobre todo una convivencia íntima con el azar que nos fabricó, una puesta en duda de la lentitud.

José Manuel Caballero Bonald ha elaborado su mundo narrativo hasta convertirlo en memoria personal. Buscando el relato de su propia historia, escribe en primera persona sobre un personaje literario idealizado con una puntual exactitud. De ahí la penetrante sinceridad de *Tiempo de guerras perdidas*; el modo en que nos convence el niño que sufrió las alteraciones del levantamiento militar y la miseria fría de la postguerra, la forma en que nos atrae el joven estudiante

que aprovechó la tolerancia gaditana para esconderse del provincianismo franquista más espeso, la simpatía con la que nos seduce aquel ilusionado escritor incipiente que abordó su carrera literaria en un Madrid amarillo y congelado, en el que las ofertas oficiales sólo podían compensarse con la complicidad de los amigos y con una firme voluntad de sobrevivir.

Las memorias de Caballero Bonald nos ofrecen el testimonio de una época, una indagación particular en la literatura del recuerdo y una perpetua reflexión sobre la vida, pensada siempre con inteligencia y con dignidad moral. Rigor y plenitud marcan el clima de esta obra, el tono de un itinerario personal, lleno de riqueza calculada, en el que la impecable voluntad de ser feliz se ha fundido íntimamente con la perseverante decisión de escribir bien.



Esperando el autobús en las afueras de La Habana.

RICARDO MARTÍN

LA HABANA

PARA UN ESCRITOR MESTIZO



José Manuel Caballero Bonald, segundo por la izquierda, con un grupo de amigos en el bautizo de un hijo de José Menese. A su derecha Miguel Acal, y a su izquierda Tomás Torres y el doctor José Luis Barros. Sentados, de izquierda a derecha, Gloria Noriega, el cantaor Antonio Mairena, Pepa Ramis, esposa del escritor, y José Menese. Septiembre de 1968.

del ritmo" a las que insoslayablemente ha de ajustarse. Sus letras que empezaron siendo obras de los viejos intérpretes que las cantaban... se han ido enriqueciendo con otras tomadas del acervo popular y a veces –y en los últimos años– de la poesía culta. Dedicó un estudio a la *guitarra* y un capítulo ya clásico a los *estilos de bailes y cantes*, con capítulos especiales para las *tonás*, los *romances*, con las versiones de los de *Gerineldo*, *El Conde Sol*, *Bernardo del Carpio*, las diversas variantes de la tradición oral y los sucesivos reajustes populares bajo andaluces (*Luces y sombras*, p. 202).

En la *Copla flamenca: fuentes cultas y populares* sitúa de nuevo los que debieron de ser los primitivos escenarios del flamenco y observa que "para asomarse a la tragedia de ciertos grupos de gitanos asentados en la Baja Andalucía ninguna información mejor que la que suministran las coplas que cantaban". Se refiere a algunos escritores cultos citados, que han manifestado especial interés por lo popular y reproduce las palabras de Cansinos Assens en *La copla andaluza*, según la cual "la musa erudita ha enriquecido siempre los tesoros de la lírica popular".

En esta línea estudia una *soleá* atribuida a la Serneta, que pondría de manifiesto la solidaridad entre la lírica culta y la

popular: "Fui piedra y perdí mi centro / Y me arrojaron al mar, / y al cabo de tanto tiempo / mi centro vine a encontrar", incluida también en los repertorios de Pepe de la Matrona, la Niña de los Peines, Enrique Morente..., y que Rodríguez Marín relaciona con la cancioncilla popular italiana: "*e quante volte si sconturba il mare*." José Ángel Valente la toma como referente en *La piedra y el centro* y explica que el motivo de la piedra arrojada al mar es un símbolo, una imagen emblemática, que, con indiferencia del lenguaje en que esté expresada, resulta recurrente en las más diversas culturas, desde las profundidades de la historia hasta nuestros días.

En las conexiones de lo popular y lo culto analiza también "Sentaíto en la escalera / esperando el porvenir/ y el porvenir nunca llega", que estaría en la base del título del libro de Carmen Martín Gaité *Esperando el porvenir* y probablemente inspiraría el verso de Ángel González: "Te llaman porvenir porque nunca llegas". Y también estudia las colecciones de Iza Zamácola, Fernán Caballero, Demófilo, el cancionero de Balmaseda y los diversos trabajos dedicados a estos asuntos, desde los pioneros hasta los actuales.

Además de estas investigaciones, Caballero Bonald ha compuesto numerosas

coplas flamencas, algunas de ellas interpretadas y grabadas por José Mercé, el Lebrijano, Diego el Clavel..., y en *Anteo*, uno de los mejores libros de la lírica contemporánea, le dedica cuatro grandes poemas a la *soleá*, la *seguriya*, el *martinete* y la *saeta*. En este potente poemario se manifiesta la más recurrente conducta de toda su poesía y con la que parece sentirse más conforme: la de convertir la experiencia vivida en experiencia lingüística. El mundo de la copla popular y flamenca ocupa también un lugar destacado en algunas de sus narraciones, como *Dos días de setiembre*. Aquí se nos presenta a Joaquín como un buen *cantaor*, descendiente de una casta de hombres duros y enigmáticos, esparteros de oficio, que bajaban de la sierra con el buen tiempo ofreciendo su mercancía al mejor postor. Este buen intérprete de la copla, ya derrotado a sus treinta y nueve años, recuerda toda su vida, "como si de pronto se estuviese proyectando junta sobre el lienzo roto de su memoria, sin solución y sin sentido". Al igual que en este personaje, lo flamenco y lo popular operan en Caballero Bonald como un ejercicio de la memoria y como una indagación en los misterios de la literatura y de la vida.

(*) *Catedrático de Literatura Española de la UNED.*



José Manuel Caballero Bonald en Camagüey, ciudad natal de su padre. Año 1964.

J.J. ARMAS MARCELO

La Habana es Cuba, y lo demás es paisaje”, reza el dicho habanero más popular. Sin embargo, nada es como se dice. Hay un escritor español, andaluz, mestizo, Caballero Bonald, que sintió siempre la llamaba de la añoranza genética: su padre era de Camagüey. Extraño habanero de la distancia, narra en *La costumbre de vivir* su encuentro vital con la Ciudad de las Columnas, su exaltación erótica con La Habana, su búsqueda ansiosa de la raíz familiar en Camagüey. Además, como escritor, el gusto por la palabra en su lugar exacto, la calidad de página y el barroquismo de la frase y el contenido, lo hacen hijo directo de aquella gente habanera que se refugió en la revista *Orígenes*. De eso se trata en la vida y la obra de Caballero Bonald: de los orígenes, con minúscula también. Y En Cuba, en La Habana, en Camagüey, está

ria, intelectual, histórica de La Habana y de todo el archipiélago de Cuba. Hay la cita del gran Fernando Ortiz, el sabio que escribió *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*; hay el relato de un paseo (¿por el Malecón?), desde el Hotel Habana Libre hasta Habana Vieja, con Nicolás Guillén, que en aquel momento del viaje habanero de Caballero Bonald era el más popular y populista de los poetas cubanos; hay un elogio a La Habana cultísima, múltiple y mestiza en el elogio personal y literario a Alejo Carpentier, el barroco y sabio narrador de *Los pasos perdidos*, *El siglo de las luces* o *El reino de este mundo*; hay nombres de escritores que son la geografía escrita de La Habana y Cuba: Eliseo Diego, Virgilio Piñera, Cintio Vitier, Lezama Lima (la visita del poeta andaluz, acompañado por Valente, a Trocadero 162, bajo, me parece deslumbrante), Pepe Rodríguez Feo, Fina García Marruz; hay una música mestiza en todos esos nombres, geografía e historia, física y química, filo-

Echenique. Cuando la mulata Hortensia (o su hermana gemela) llegó a su destino (la habitación de Caballero Bonald), la policía le cayó arriba y le frustró el invento. Caballero Bonald lo relata con pena y rabia en su Habana particular, en su memoria plena de sentimientos y pasiones.

En cuanto al mestizaje de Caballero Bonald, no es una simple verbalidad para bailar, en medio de Europa, un *guaguanco* pasado por ron Matusalem. Es, en mi modo de ver (y porque lo siento así en mí mismo) una ideología viva, aquella que cree con Fernando Ortiz que las razas son un embuste, un invento de las clases sociales “superiores” para diferenciarse en su jerarquía y prepotencia. En Caballero Bonald, el mestizaje lo es, pues, de convicción, de sangre y de creencia. Y es la gran solución a las dudas de unos, los pusilánimes, y los crímenes de otros, los racistas. Por eso La Habana le brinda

“Con Cuba he mantenido una relación muy benévola y efusiva, tal vez porque siempre me he sentido un hispano-cubano” (de *La costumbre de vivir*)

una parte de Caballero Bonald, el mismo que se enamoró de aquella geografía que fue España y con la que muchos españoles soñamos de cerca.

No hay en el capítulo 15 de *La costumbre de vivir*, titulado *La periódica necesidad de la incertidumbre*, grandes descripciones geográficas de La Habana. Hay, con creces, una declaración de amor, de íntima infatuación erótica del escritor hacia la ciudad deseada, como una mujer de color soñada desde la adolescencia. Hay, desde luego, una suma de nombres que forman, para Caballero Bonald (y también para mí), la esencia litera-

sofía y literatura de La Habana de Caballero Bonald, que forma parte de la mía.

La aventura con la mulata Hortensia describe en *La Habana* de Caballero Bonald un viejo deseo que el poeta de Jerez de la Frontera confiesa sin ningún escrúpulo: la necesidad que sintió desde su adolescencia por “yacer con mujer negra”. En *La Habana*, a esta tipo de “fusión” se le dice “quemar petróleo”, el que un blanco se sienta atraído por una negra o un negro se sienta atraído por una blanca, o “vicerversa”, como diría el no menos habanero a pesar de limeño Alfredo Bryce

al escritor español todo el esplendor del mundo, en sus calles, en sus gentes, en las maniguas cercanas, en sus plazas recoletas, en sus iglesias, en el paseo lento del día y la sombra sobre el asfalto urbano, en las músicas de los tambores *batá*.

Después de 1974, nunca volvió a Cuba. Y añade Caballero Bonald que “lo que pasa es que he seguido manteniendo con la isla una relación amorosa indeclinable, esa difícil querencia que incluye ciertos particulares rechazos, pero también el firme propósito de refutar los rechazos ajenos”. Sé que lo cuenta es verdad. A mí me pasa lo mismo.